

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 92. Alicante 24 de Agosto de 1872. Año III.

LOS ENFERMOS.

Así como la falta de salud es una de las más graves vicisitudes por que pasa la humanidad, así no hay entre las obras humanitarias un acto de caridad mas recomendable que consolar á un enfermo y aliviar su dolencia, reanimando su decaído espíritu.

Toda obra buena deja en el fondo del corazón del hombre una satisfacción que preludia su futuro premio; pero no hay satisfacción comparable con la de haber contribuido á restituir la salud á nuestros hermanos, ó haberles ayudado á soportar ese disgusto y displicencia natural de una enfermedad cualquiera.

Pocas son las almas indiferentes ante el lecho del dolor que consume las fuerzas de la juventud ó aniquila los débiles alientos de la vejez; pero son bastantes los que dejan de armarse de aquella prudencia y suavidad que reclama el estado del que padece, cuyo carácter sea el que fuere en estado normal, toma en la enfermedad algo de impertinencia, de acritud, de desabrimiento, legítimas expresio-

nes á veces del estado violento del padecimiento.

Hay en los enfermos un estado que reclama, no como quiera, sino de rigurosa justicia una atención especial y una tan esquisita diligencia, que incurren en gravísima responsabilidad los que no le proporcionan auxilios adecuados á la gravedad de su situación. Este estado grave del enfermo es, cuando se halla amenazado del peligro próximo de perder la vida. Dos son las muertes que amenazan entonces al hombre: la del cuerpo y la del alma; una pasajera, por mas que fuere en realidad lamentable y dolorosa, eterna y de inmensa trascendencia la otra.

Una frecuente y dolorosa experiencia nos enseña la poca importancia que suele dársele á la vida del espíritu, y la sinrazon con que se engaña á los enfermos cuando llegan al caso en que, si conociesen su estado, pedirían por justicia y caridad, lo que muchas veces se les niega só pretexto de un cariño cruel é inexplicable.

La Iglesia que tiene para con sus hijos la mas alta prevision; que atiende á su salud tanto corporal

como espiritual, impone como precepto grave la administracion de los sacramentos al que se halla en peligro de muerte. Faltan, pues, al precepto de la solícita y amorosa madre: el facultativo que no apercibe en tiempo oportuno de lo grave de la enfermedad, los que asisten al enfermo hallándose á su cuidado inmediato, y el enfermo mismo cuando sabido el peligro en que se halla, rehusa los auxilios con que le brinda la religion de Cristo.

Postradas las fuerzas del espíritu por el dolor y abatimiento de la enfermedad, los sacramentos reanimanle en su languidez, y le levantan á actos de resignacion, de virtud, de esperanza en la felicidad de la otra vida, y el perdon de sus miserias por el mérito de la cruz. Hé aquí por qué se llama Viático el Sano Sacramento de la Eucaristía administrado en semejante caso; que es la medicina eficaz para serenar y fortalecer el espíritu en el camino de la eternidad. No es de menos importancia la *extrema uncion*, cuya virtud divina sustituye la gracia que hubo de causar el Sacramento de la penitencia, cuando inculpablemente dejó de recibirlo el enfermo, y su buena disposicion permite su efecto sobrenatural. «Enferma alguno de vosotros, decia el Apóstol Santiago á los primeros cristianos, acuda á los presbíteros de la Iglesia para que oren sobre él ungiéndole con óleo, y la oracion de la fé aliviará al enfermo, y si está en pecados, le serán perdonados.»

El cariño natural y muy justo que todos tenemos á las personas de nuestra familia, y á aquellas á las que la mas cordial amistad nos tiene unidos por un lazo cuya rotura es un doloroso golpe para nuestro corazón, nos detiene á las veces en el camino de nuestro deber, cuando se trata de cumplir con esta mision, á fé triste, mirada bajo un aspecto; pero ciertamente satisfactoria y de consuelo, considerada desde su verdadero punto de vista.

Cuando nos dejamos poseer de un afecto y ternura que facilmente dejenera en punible debilidad, lejos de proceder con verdadera estimacion con respecto á la persona gravemente enferma, le hacemos una traicion de que que sin duda nos pediría ella misma cuenta si se apercibiera de su peligro.

Que es preciso que la prudencia mas esquisita presida al desempeño de tan indeclinable cargo, no hay duda; pero que no hay palabras bastantes para ponderar la crueldad de quien permite que un enfermo se aleje de la vida sin pensar en Dios, sin ampararse en su misericordia para reconciliarse con El, sin haberle proporcionado, en fin, esos consuelos inmensos que la religion reserva para esos momentos supremos; consuelos que le revelan la grandeza del hombre y la dignidad del cristiano, es una verdad tan clara como la luz del dia.

La profunda impresion que suele hacer en los enfermos una noticia de esta naturaleza, es la razon mas

sólida en que se amparan los que tienen el deber de insinuarla. Es verdad: no quisiéramos nunca dar tristeza alguna á persona estimada; pero esa tristeza momentánea se convierte luego en gratitud, y nosotros mismos participamos despues de inmensa satisfaccion, advirtiendo una tranquilidad apacible en el ánimo del enfermo, que nos indemniza del disgusto. ¿Qué diremos de una madre que por evitar á su hijo una mala impresion, no le advierte que se le forman cataratas, y no le convence de la necesidad de una operacion leve, cuyo descuido le acarrearía una enfermedad tal vez incurable?

¿Qué juicio formaríamos de una sociedad en la cual previniese la ley, que los reos condenados á muerte, fuesen ejecutados en el momento menos esperado para ellos, sin dejarles tomar disposicion alguna en momento tan crítico y de tan grave consecuencia? ¿Quién sabe hasta dónde interesa que la persona sepa de algun modo que está en peligro de muerte?

No hay duda alguna que la ignorancia en muchos de lo que en sí son los sacramentos, hace que con frecuencia se sucedan descuidos de esta índole, verificándose amenudo, que por no pasar plaza de irreligiosos, esperan á que el pobre enfermo pierda por completo los sentidos, para administrarle al menos la *extrema-uncion*; y en este caso, casi valdría más suprimir esta diligencia, por lo nulo de su efecto, salvos

casos imprevistos: no se han instituido por Jesucristo Sacramentos para cadáveres, sinó para hombres cristianos que deben tener conciencia de lo que reciben.

La fatal costumbre de esperar á que sea tan inminente el peligro, que fuera en realidad un milagro el restablecimiento del enfermo, es causa y origen de que éste se sobresalte á la noticia de recibir los sacramentos, y se consterne la familia á la mas leve indicacion del facultativo.

Si esto se hiciera, como hay costumbre en algunos pueblos mas *atrasados*, en el momento en que la enfermedad es de suya peligrosa, se allanaría mucho este camino, y lamentaríamos menos un descuido que nos deja inquietos sobre la suerte de los enfermos, y afecta con frecuencia á las familias que al fin sienten la pesadumbre de un grave deber no cumplido.

J. B.

DUDAS.

I.

Es tan resbaladizo el terreno en que la incredulidad se levanta, que no hay temor de verla erigir su templo, coronándole con su bandera hecha trizas y girones por los vendabales de la razon y de la fé. ¡Singular vacilacion! La incredulidad que todo pretende destruirlo, no puede edificar nada; el incrédulo que sueña sofisterias y embolismos todo lo que trazó Dios

con su dedo de fuego en los corazones, apenas si sabe articular una solución que deje un átomo de verdad en el alma. ¿Y cómo hacerlos? Vanos son en los que no creen el valor y la admiración por las causas perdidas; vanos los esfuerzos con que pretenden labrar pedestales de oro para sus monstruosas ideas. La incredulidad podrá contar en sus filas muchos Pilatos, pero no registrará ningún Jesús. Cobarde para hacer el bien, recatada para malear, ni en su alma hay un hálito de inspiración divina, ni en su frente un albor de ese genio cristiano que diviniza los laudes de los poetas, los pinceles y el cincel de los artistas y la pluma de los sabios.

Encorvada bajo el peso de las verdades que retoñan sin cesar en la conciencia humana, como las esfinges de Miguel Ángel bajo el soplo de su inspiración prodigiosa, con histéricas sonrisas en los labios como las Sibilas y los arúspices y golpeando su corazón de hielo, mas parece satánica aparición evocada entre los delirios de la blasfemia, que humillada deidad de una idea que no es idea, de un sistema farsa, de un principio nihilista y corruptor. Comprendemos la grandeza de las teogonías indianas cuya creación arrullaron el Himalaya con los silbos de sus huracanes, y el Ganges y el Yndus con las armonías de sus corrientes en los templos cubiertos de adormideras de sus pagodas; asómbrenos el mitológico teísmo egipciaco que sueña adivinar en los murmurios del Nilo los acentos de sus dioses, y el idealista y poético religiosismo griego que forja con la espuma de las olas una Venus, con los silbos del viento Eolo, y con los mares que arrullan sus siberas

un palacio para Neptuno; nos cautiva el filosofismo teológico material pérsico que admira en el fuego su deidad, y el semi-bélico, semi-sensual objeto teogónico romano que halla dioses para sus termas, sus circos, sus águilas y sus templos; estudiamos todas esas aberraciones nacidas en el alma que tiene sed de fe, deseos de dioses y altares, pero ni comprendemos, ni nos cautiva ni asombra la incredulidad, esfinge de nubes que amontonó el soplo de almas mezquinas y orgullosas para dar una muestra de la soberbia humana, como la dieron los Faraones levantando en las márgenes del Nilo, esos colópeos obeliscos desde cuya cúspides contemplaron con sagrado horror cuarenta siglos al prisionero de Santa Elena.

II.

Las ideas mezquinas, solo producen en la conciencia incredulidad. Hablar sin que la pupila se clave en el cielo, ni se doble la rodilla en el polvo, es muy santo para los incrédulos, para nosotros los creyentes, no. El alma necesita sublimarse para vivir, la incredulidad la ahoga; he aquí porque llamo á la incredulidad la nostalgia del pensamiento. Creado para volar hasta el zenit de los principios morales, esa forzada inercia le consume, ese estancamiento le mata.

¡Ah! Yo recorro con la mente todas las creaciones mas absurdas, y hallo en ellas átomos de fe; estudio la incredulidad, y no hallo nada. En la carcajada sublime del manco de Lepanto, en la bíblica ironía de Laménais, en la hipócrita sutileza de Voltaire y en el ciceroniano acento de Danton, hallo un algo que me explica la tormentosa lucha de sus almas

y sus corazones, pero no hallo nada en el estoicismo de la duda, en el apocamiento de la incredulidad, en el hielo de esa idea que cancera las almas, cierra los labios y hace el vacío de la fé en el corazón.

¿Qué puede, sino la incredulidad filosófica? Nada. Eco del nihilismo y de las negaciones absolutas, su filosofía debe ser árida y monótona como los eriales. Descartando á Dios, centro comun de todas las creaciones, rechaza la discusión de los sublimes problemas que halla escritos el hombre desde la cuna al sepulcro; desdén la admiración debida á esas leyes morales que regulan la vida de la razón y del alma; niega á la verdad su omnipotencia, al bien sus honores y jubila sus triunfos, á la humanidad su redención y al progreso sus glorias y grandezas.

¿Puede mas la incredulidad religiosa? No. Peregrinos de la vida, necesitamos una morada para descansar en nuestras fatigas morales y una almohada donde se recline nuestra cabeza y Dios nos dá un templo y un altar. La voz misteriosa de la oración, hilo invisible que une el cielo con la tierra, nos regala tesoros de esperanza, y el llanto de nuestros ojos siega las marchitas flores de la fé. La incredulidad no tiene templo ni altar como los proscritos no tienen pátria ni hogares. ¡Ah! Divinizaos y enalteceos míseros incrédulos, sinfonistas del no ser; ni tendreis voz para cantar vuestras soñadas glorias, ni grandeza para erguiros sobre los escombros del mundo moral.

¿Puede mas la incredulidad artística? De ninguna manera. Rafael deslió los colores en su paleta y divinizó sus lienzos, porque el iris de la fé bañaba su frente

con sus colores; Murillo pintó la Concepción, porque creía. La incredulidad no tiene fé sino en las negaciones, y la nada amortigua el genio. El espiritualismo cristiano compra su inspiración á Dios; el plasticismo del arte incrédulo, solo puede hallar veneros de aspiración en si propio. No busquemos lo sublime, donde ni lo bello se halla; no busquemos lo bueno, donde ni lo verdadero se encuentra. La incredulidad artística no formará época en los anales del genio; el arte incrédulo no tiene vida propia, y sin vida propia no podrá hacer vivir ninguna de sus obras.

¿Podrá acaso mas, la incredulidad política? No digamos con los labios no; la conciencia lo ha dicho antes. La conciencia que se vende á peso de oro, si nos es lícita la frase, os dirá á todos, que no. Planteen los políticos un sistema gubernamental que tenga la vacilación por base, y hallarán la nada en su torno, sino es que ahogan su pensamiento, las resoluciones sociales, tan á menudo notadas en la historia del siglo XIX. La política incrédula lleva á los pueblos al abismo: ¡ay de los pueblos que fian sus destinos á los políticos incrédulos! La incredulidad gubernamental guarda en su mano las revoluciones, como los rayos en las suyas Júpiter. Destrónela el pueblo donde ella se yerga, que las negaciones malean tanto mas, cuanto mas alto hallan su germen y su vida.

Quisiéramos hablar tambien de la incredulidad obrera, de los incrédulos del taller, pero nos sentimos tristes para hacerlo. Solo en esa agrupación social quedaba fé, y hoy por desgracia tambien va desapareciendo; la incredulidad

política, ha amamantado la incredulidad obrera.

¡Qué tristes recuerdos llevará nuestro siglo á las generaciones que serán! ¡Con que asombro y espanto nos juzgará el pensador de los postreros días, al vernos locos y desatinados, corriendo tras una idea sin vida, tras una estela que deja para burlarnos una nave invisible en el mar de las discusiones filosóficas morales! ¡Qué carcajadas tan punzantes nos despertarán en nuestros sepulcros!

III.

Tristes dolorosos presentimientos asaltan nuestra imaginación. La enfermedad moral que postra al mundo, vá á tener su crisis, pero crisis espantosa, terrible, quizá sangrienta. ¡Ay de los que no sepan ganar con tiempo la orilla, desde la cual contemplarán la corriente que ha de arrebatarse á los corrompidos! ¡Ay de los que burlen nuestros consejos! Una rápida ojeada, dará contestación al que no crea. El mundo actual, parece un segundo caos; piensa en una segunda creación. No sabe levantar más que Babels donde su soberbia declama y corrompe, é ignora que la fé y la razón están cavando de consuno su sepulcro.

Vergüenza dá que una idea tan mezquina y que arguye tanta necedad en sus defensores y prosélitos, haya alcanzado el prestigio de cautivar tantas inteligencias, llevando el cetro de su poderio á las regiones de la moral, la religión, el arte y la política; vergüenza que se halle consignada en la filosofía como un sistema digno de los honores de la discusión y de la crítica; vergüenza que, atentando á todo derecho del alma, la conciencia y el

corazón, no hallé en su camino en son de guerra á los que pueden combatirla y aplastarla con sola una palabra. Esa idea es un ultraje á la fé y á la razón, un reto al progreso, un sarcasmo lanzado á la frente de la humanidad. Hoy que en todo se cree, hoy que hay fé en todos, siquiera esté averiada en la mayor parte, no puede darse plaza á la incredulidad en el terreno de las discusiones.

Declarémosle la guerra, y vencamos hoy á los que en nada creen y en la nada esperan, para abatir mañana á los que creen el mal. La humillación del creyente, así varía el orgullo del descreído, y así como tras una oleada viene otra oleada, tras un sofisma se levantara otro sofisma que nos humillaría empequeñeciéndonos. Nuestra idea, la idea de la fé, está consagrada en los áridos peñascales del calvario con la sangre del Justo; su idea, la idea de la duda, solo está rociada por la sangre de los césares de los días revolucionarios.

Adoremos sin embargo los secretos de la Divinidad, como adoraba Lamartine sus misterios, cuando de hinojos sobre la caldeada arena de la Palestina, y soñando las grandezas de un pueblo que habia desaparecido en el cautiverio, decía: Señor, tu eres, porque yo no te veo.

Sí; el Señor es porque no le vemos, el que amontona sobre nuestros horizontes las nieblas de esa duda revolucionaria que embriaga los pensamientos. Creamos en El, y venceremos. La incredulidad solo representa la duda; nosotros representamos la fé. El incrédulo viste ropaje de sombras y el creyente se engalana con manto de luz. Siempre venció la luz á la sombra; nunca arrojó la noche el res-

plandor de la alborada; ¿por qué no ha de ser vencedora la fé y luminada la incredulidad? ¿puede acaso ser vencida la luz cuando libra batalla con las tinieblas?

Juan B. Pastor Aicart.

No podemos resistir al deseo de trasladar á nuestras columnas los siguientes párrafos de un magnífico artículo que ha publicado un periódico católico de Madrid con el epígrafe de

¡VIVA PIO IX!

Roma es la ciudad del universo: en sus ruinas está escrita la historia del mundo pagano, en sus monumentos está escrita la historia del mundo cristiano.

La antigua Roma con sus cónsules y con sus Césares creció para ser reina y señora de las gentes, y venció al universo para ser vencida despues por unos pescadores de Galilea.

Sobre el panteon de Agripa está la cruz; y está sobre la columna de Trajano y en medio del Coliseo.

Bajando del Capitolio podeis penetrar en la cárcel de donde salieron Pedro y Pablo, aquel para ser crucificado, y este degollado.

Saliendo de las Termas de Caracalla, gigantescas ruinas de increíbles grandezas; podeis visitar la santa columna donde fué atado y azotado Nuestro Señor Jesucristo.

Hay en frente del barrio de los judíos una santa imágen de Jesucristo crucificado con esta sublime inscripcion: «Extien-

do mis manos al pueblo que no cree en mí;» y allí podeis ver, en frente de esa imágen, á restos miserables de ese pueblo, que lleva en sus manos el gran libro en que no sabe leer lo que todos leemos; y no léjos de allí podeis ver el arco de triunfo que Tito levantó despues de la toma de Jerusalem, y que permanece en pié como formidable testigo de la verdad, de las profecías y de la justicia de Dios.

Los grandes reyes, los grandes hombres de la tierra han acudido en todos los siglos á Roma y se han postrado ante el sepulcro de Pedro; todos los grandes pueblos tienen en Roma un templo y un hospicio. Nuestros padres en la larga sucesion de las edades despues de las desolaciones de la Ciudad eterna, la levantaron, la hermosearon, la enriquecieron, como que era y habia de ser la pátria comun de nosotros los católicos, donde está nuestro rey espiritual; la heredad preciosa de cuantos creemos en Jesucristo, donde está el supremo Pastor que nos dirige por los caminos del cielo.

¡Y un bárbaro se ha apoderado de esa nuestra heredad, de esa nuestra pátria, de esa santa Ciudad, de la que fué echado para siempre Neron, para que reinase para siempre Jesucristo!

¿Ha resucitado Neron? Yo veo por las calles de la ciudad santificada por la sangre de mártires una muchedumbre de blasfemadores que hubieran podido ser lacayos de Calígula, pero á quienes Caton hubiera proscrito, manchándolo todo, profanándolo todo, hasta el mismo Coliseo en que los hijos de Dios conquistaron la libertad para todos los hombres.

Yo veo á esos desdichados, rodeando y cercando el Vaticano, donde está aquella

extraordinaria virtud, aquella indecible bondad, aquel santo, aquel mártir, sobre el cual (podemos también verlo con los ojos de la fé) despliegan los Angeles de Dios sus alas para guardarle...

Imaginad, si podeis, todas las penas de su corazon y todas las angustias de su espíritu. ¿Qué es, si con él se compara, el hombre que da su sangre en testimonio de su fé, y con el dolor de un instante compra una palma celeste y entra con ella en la eternidad? Mas Pio IX lleva sobre si todos los dolores de la Iglesia, y padece por todos los católicos. Ve los torrentes de impiedad que á estos enflaquecen y arrastran á aquellos, y se arranca de sus entrañas un grito de dolor por cada alma que teme perdida. Ve que han apostatado las naciones y que en ninguna reina Jesucristo; y que los reyes y sus gobiernos, perdiéndose, ayudan á la comun perdicion; y mira temblando que la justicia de Dios no abre las cataratas del cielo para que venga sobre la tierra un nuevo diluvio, pero remueve el fondo de la humana sociedad, para que suban de él á castigarla con fuego y con hierro unos bárbaros nuevos, cien veces mas feroces que los que seguian las sangrientas banderas del terrible Genserico.

Y Pio IX llora inconsolable, porque es padre, y no quiere justicia, sino misericordia.

¡Oh padre! ¡Oh santo! ¡Oh mártir!

Llegan hasta las puertas del Vaticano y le cercan los ilustres impíos de esa Italia desgraciada: están con ellos en espíritu los impíos ilustres de todas las naciones de Europa: calculan friamente sobre la muerte del justo: tratan sobre cómo se han de repatir su túnica; sobre qué artes

diabólicas usarán, cuando muera el Pastor, para dispersar y perder á las ovejas. Todo esto lo sabe Pio IX: considerad si habrá angustia en su alma, y si habrá en su corazon quebranto.

El lo sabe todo, lo ve todo, y lo oye todo: la blasfemia procaz que llega hasta los muros del Vaticano; la profanacion de los lugares santos; el pensamiento siniestro, el cálculo malvado.

Ahora mismo, esos paganos maquinan acabar con las órdenes religiosas, ornamentos preciosos de las Iglesias, milicias escogidas de Cristo, y Pio IX tiende sus manos suplicantes, pero las potestades del mundo vuelven el rostro y no le conocen.

Todo va á caer y está cayendo en torno suyo; va á encontrarse solo, y frente á frente con los impíos; pero no está solo, que Dios está con él. Por eso, porque Dios está con él, veis al anciano, que ha conocido tres generaciones de hombres, permanecer en pié, alentado y firme su gran corazon, con luz del cielo resplandeciente en su hermoso semblante.

Ese anciano es un campeon valerosísimo que no se cansa jamas; dia y noche sin tregua ni reposo, está riñendo las batallas de Dios. El es su vicario y es rey. No hay otro rey en Roma. Victor Manuel que tiene la fuerza no es mas que sombra, que vaga por las calles de la gran ciudad avergonzada: quien busca la majestad no va al Quirinal; va al Vaticano: que allí se encuentra la majestad donde está el rey.

Los grandes de la tierra le abandonaron, pero los pequeños nos acordamos de él, nuestro rey y nuestro padre, y le veneramos y amamos mas, hoy que está

como Daniel en la cueva de los leones, y sabemos que Dios para salvar á su Vicario tiene hoy el brazo tan fuerte y tan entero como lo tenia cuando salvó á su Profeta.

En medio de su soledad y desamparo, de sus angustias y sus lágrimas, Dios envia á Pio IX consuelos inefables. Piadosos embajadores de todos los pueblos católicos del mundo llegan hasta él y le ofrecen lo que ofrecieron los Reyes Magos al Niño Jesus: oro, incienso y mirra. En cambio recojen de los labios del Pontifice palabras de verdad, palabras de verdad que van á caer sobre el mundo como una lluvia benéfica.

Muchas veces la verdad, como que es hija del cielo, ha padecido terrible persecucion en el mundo, pero al fin ha triunfado.

Miremos á Roma, nuestra heredad y nuestra patria; miremos al Vaticano, y en el Vaticano á nuestro Padre y nuestro Rey; miremos la diestra de Dios que está resplandeciendo en todos los grandes sucesos que pasan en el mundo, y levantemos los corazones y tengamos fe.

Viene quizá sobre nosotros una oscurísima noche que envolverá esta culpable Europa como un vasto sudario; quizá dentro de poco estallen los estampidos de una tempestad nunca vista por los hombres. Levantemos los corazones y tengamos fe; que cuando menos lo esperemos, por la oracion de ese justo y de ese mártir, sonarán los vientos de Dios, y huirán las negras nubes, y reaparaciendo el sol, alegraráse la tierra. Despues de enormes iniquidades, excelsas hazañas; despues de grandes justicias, grandes misericordias. Dios está en el cielo, y Jesucristo, va á

reinar en el mundo. Quizá no pase este siglo sin que esa noble Inglaterra vuelva á ser llamada la Isla de los Santos; quizá no pase este siglo sin que bajo las bóvedas de Santa Sofia resuene un *Un-Te-Deum* que canten los hombres en la tierra y repitan los Angeles en el cielo. Esperemos en Dios que el siglo que viene ha de ver á este mundo alumbrado por la misma fé, como lo está por el mismo sol.

NOTICIAS.

Tenemos el gran sentimiento de anunciar á nuestro lectores la muerte del virtuoso y sábio P. Maldonado, de la Compañía de Jesus, acaecida en los Estados Unidos. El reverendo Padre Maldonado desempeñó importantes cargos en la Compañía de Jesus que lo contaba desde muy jóven como uno de sus más preclaros hijos: era un teólogo consumado, y su vida entera estuvo consagrada á la enseñanza de la teología, y como maestro de esta sagrada ciencia, conquistó imperecedero nombre en el afortunado seminario de Salamanca, donde puede decirse que fundó escuela, dando al estudio de la teología un nuevo método y formándose allí jóvenes de grandisimas esperanzas. Desearíamos que su excelente obra teológica viera la luz pública, para que sus resultados fueran más extensos.—R. I. P.

El 14, vispera de la Asuncion de Nuestra Señora, Su Santidad celebró el santo sacrificio de la misa en su capilla secreta, administrando el Pan Eucarístico á su noble corte.

En seguida el Padre Santo admitió en

audiencia á los reverendos padres priores de los Fatebenec Fratelli, que han ido ahora para Roma á celebrar capítulo provincial, quienes fueron presentados por el muy reverendo padre Alfieri, general de dicha Orden.

Despues el Papa recibió á varias familias que fueron á ofrecerle sus respetos, y acogió benévolamente una poesia compuesta y presentada por la señora Adela Bergamini.

La salud de Pio IX sigue siendo excelente, á pesar de que este año hay en Roma muchas mas enfermedades de las que acostumbra á haber en esta época del año siempre mal sana en aquella ciudad.

Las fiebres perniciosas son muchas, y no solo se notan en Roma, sino en todo el campo próximo y en los pueblos comarcanos.

Un telegrama de Zurich, fechado el 15, da cuenta de que la gran reunion de la Asociacion de Pio IX en Euisiedlen empezará hoy lunes, y comenzará con la peregrinacion nacional. Por todas partes, añade, se organizan caravanas de peregrinos. El episcopado suizo asistirá á ella. La han suscrito oradores distinguidos para tratar las cuestiones á la órden del dia, y especialmente se tratará de la cuestion de la prensa. El Pius Verein recibirá una nueva consagracion.

Los católicos suizos unidos bajo el nombre de Pio IX, están dando un gran ejemplo á los demás católicos del mundo por el celo, actividad y entusiasmo con que defienden la causa de la Iglesia.

En Irlanda se han celebrado las acostumbradas procesiones con motivo de la Asuncion de la Virgen; pero no en todas

partes han podido llevarse á cabo con tranquilidad, á causa de la intolerancia de los protestantes.

En London derry hubo algunos desórdenes sin importancia; en Scawa cerca de Dublin los desórdenes fueron mayores, y resultaron muchas personas heridas; pero en Belfast sucedió algo más. La agitacion que se notó desde la mañana del 15 convirtióse luego en verdadera lucha á pedradas, de la que resultó un muerto y algunos heridos.

La policia dispersó á los combatientes, y como de costumbre en ciertos países, es lo mas probable que solo prendiese á los católicos.

VARIETADES.

UN GANCHEO.

Espiritista.—¿Usted por aquí, tío Quico?

Tío Quico.—He venido para unas diligencias y me detendré unos dias.

Espiritista.—Me alegro mucho, con esto tendré ocasion de presentarle á la gran reunion.

Tío Quico.—Ya sabes que no gusto de etiquetas ni de sociedades. Hace tiempo que no me cuido de otra cosa que de mi trabajo, y con él y con la ayuda de Dios, he podido crearme una fortunita que nunca creí poseer.

Espiritista.—No se trata de ninguna sociedad de recreo ni de lujo; á lo que yo le invito es á una sesion de espiritismo.

Tío Quico.—¿Y qué es eso de *disparatismo*?

Espiritista.—Ya verá V. qué prodi-

gio! Como el hombre lo escudriña y lo perfecciona todo, ha llegado á fuerza de estudio y de análisis á comprender el medio de ponerse en relacion directa con los que ya nos abandonaron.

Tio Quico.—Para eso no es necesario el *disparatismo*; con tener buena memoria se acuerda uno de todos los que conocia.

Espiritista.—No es eso. Venga usted conmigo á la sesion y verá las cosas mas sorprendentes y maravillosas que en su vida habrá podido imaginar.

Tio Quico.—Y esas cosas quién las hace?

Espiritista.—Las hacen los *mediums* y las dicen los espíritus.

Tio Quico.—Los *medums* son titiriteros, comediantes ó qué nueva habilidad es esa?

Espiritista.—El *medium* es un cualquiera que posee la virtud de entender lo que dicen los espíritus.

Tio Quico.—Los espíritus de los *medums*? Toma! eso todos lo sabemos. Lo que yo quiero decir mi alma me lo dicta.

Espiritista.—No me entiende V., tio Quico. Lo que nos comunican los *mediums* se lo revelan los espíritus que ya dejaron la grosera caja que los contenia.

Tio Quico.—Ya! son los espíritus de las cajas. No los he oido nombrar en toda mi vida.

Espiritista.—Por Dios, tio Quico, las cajas de que yo hablo son nuestros cuerpos que contienen nuestras almas hasta que morimos.

Tio Quico.—Oye, los espíritus que dicen las cosas á los *medums* son las almas de los muertos?

Espiritista.—Si, señor.

Tio Quico.—Jesús qué disparate! Conque en el siglo que llaman de las luces salimos en que los muertos hablan?

Espiritista.—No hablan con palabras, sinó que comunican sus pensamientos por medio de signos escritos.

Tio Quico.—Es decir, que toman la pluma como el escribano, el memoria-lista y los redactores de periódicos y dicen cuanto se les antoja.

Espiritista.—El *medium* toma la pluma y el espíritu del muerto guia la mano y traza su pensamiento.

Tio Quico.—¿Qué pensamiento, el del *medum* ó el del muerto?

Espiritista.—El del muerto.

Tio Quico.—Jesus que gorda! Conque los vivos escriben lo que piensan los muertos!! Amigo, esta no cuela. El tio Quico aunque no ha hecho toda su vida otra cosa que trabajar, no le falta razon para conocer cuando tratan de engañarle algunos sábios de nueva invencion.

Espiritista.—En el espiritismo no hay engaño, basta ver sus pruebas para creer y estoy seguro que cuando V. lo conozca modificará su opinion.

Tio Quico.—Por mas que hoy dicen que es de sábios cambiar de parecer, á mí me vá muy bien con mis conocimientos y creencias, y no las dejaré por nada del mundo.

Espiritista.—Qué chasco se vá V. á llevar!

Tio Quico.—Me vas escitando la curiosidad. Supongamos que asista á esa estraña reunion. ¿Qué bienes sacaré?

Espiritista.—Bienes materiales é interesados ninguno; pero satisfacciones morales y religiosas infinitas.

Tio Quico.—Es decir, que poco podré

medrar con el disparatismo que solo me dará bienes morales; pues para eso no necesito á nadie: con hacer obras de verdadera caridad y cumplir con lo que me manda nuestra Santa Madre Iglesia, vivo contento y me acuesto tan sosegado que duermo como un bienaventurado.

Espiritista.—Ese es el error en que viven muchos descuidados, que nunca piensan lo que son ni en que han de pasar.

Tio Quico.—Sabes que me huele mal eso que acabas de decir y me recelo que en esa reunion se han de hacer mas obras del Diablo que de Jesús nuestro señor.

Espiritista.—Todo lo contrario; su principal objeto es fortalecer y depurar la verdadera fé.

Tio Quico.—Para eso está nuestra Santa Madre Iglesia.

Espiritista.—La Iglesia Católica es muy vieja, y en ella no se vé nada que indique la sucesion de los siglos.

Tio Quico.—Pues por eso mismo la quiero yo. La verdad siempre es verdad, y no necesita cambiar de casaca á cada instante como los filósofos del dia.

Espiritista.—Veo, tio Quico, con sentimiento que es inútil vencer la resistencia que opone V. á los modernos adelantos.

Tio Quico.—Para ganarme la vida en la tierra ya sé cómo, y no necesito consejos de esos sábios que huyen del trabajo como de una peste, y para poder alcanzar la gloria, ya la Iglesia me lo dice y como el carbonero creo en ella á puños cerrados, y basta ya de disparatismo.

Espiritista.—Ya sabe V. cuánto le aprecio y que si le soy útil en algo.....

Tio Quico.—Gracias, y hasta otra que tratemos de cosas mas provechosas.

Espiritista.—Adios (no he podido con él.)

Tio Quico.—Adios. (Cuanto disparate. El que tenia tan buen juicio!) ¡Qué lástima!

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve menos cuarto; en Sta. Maria á las ocho y media, y en Ntra. Sra. de Gracia misa de renovacion á las ocho.

Miércoles.—En las Agustinas á las nueve y media misa solemne con Manifiesto y sermon que predicará D. Joaquin Garcia, cura de Sta. Maria, en honor del Padre San Agustin.

Viernes.—En Sta. Maria á las cuatro de la tarde solemnes vísperas con Manifiesto.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las ocho. En Sta. Maria el aniversario del milagro del Stmo. Sacramento en el incendio de la misma Iglesia. A las ocho y media misa solemne con capilla, y sermon que dirá don Antonio Llofriú, sacristan mayor de la misma, y despues procesion claustral y bendicion. En las Agustinas dá principio á las cinco de la tarde el novenario de Ntra. Sra. del Consuelo rezando el trece-nario, seguirá el sermon que predicará D. Francisco J. de Guimben, vicario de Ntra. Sra. de Gracia, novena, salve y gozos. Todas las tardes se espondrá S. D. M.